

gritando á sus discípulos como á él: « *Hosana al hijo de David: bendito sea el que viene en el nombre de Señor?* » (1) Aquel *hosana* ora el grito de libertad, la respuesta al hombre que habia oido el gemido del hombre; y de donde quiera que viniese, cualquiera que fuese el nombre que tomara, su raza y su designio, hombre ó Dios, no podria menos de ser aceptado tal como se presentaba. ¿Qué importa al preso á quien se liberta, de dónde le viene la libertad? ¿qué importa al desgraciado, al oprimido, de dónde le viene el libertador?

¡A quien salva á su patria, el cielo inspira!

Convengo, señores, en que estas ideas son bellas; conmuévenos pensar que cuando los pueblos son corrompidos y esclavos, aspiren á la libertad. Pero, ¡ay! la historia habla de otra manera que el corazón del hombre. Ella nos dice que las naciones que han caído en la servidumbre no desean la libertad. Así como el apóstata de la verdad, la maldice; así el apóstata de la libertad, el pueblo que la ha perdido por su culpa, y la pierde siempre por su culpa, tomando un corazón de esclavo, ese pueblo no aspira á recobrarla. Padece, está envilecido; mas para que sintiera su desgracia y reconquistara el bien perdido, fuérale necesario un corazón de hombre libre y no lo tiene. Gusta de los beneficios de la esclavitud y teme las cargas de la libertad, señaladamente de la que no se tiene y que se compra tan cara. Seríale preciso despreciar hasta su vida, estar pronto á arrojarla al viento, con tal que de su muerte saliese alguna enseñanza, y su postrer aliento contribuyera de lejos á la libertad y al honor. El pueblo esclavo no conoce este heroísmo, y acaso le desprecia. De ello teneis pruebas, señores, aun fuera de la historia; y sin fijar hoy la vista en el continente europeo, volvedla á las playas del Africa, contemplad allí al negro. Le enviáis escuadras para que protejan su libertad contra la conjuración de los traficantes; haceis bien, sin duda; es un deber quizá, y verdaderamente es un honor. Pero ¿teneis la sencillez de creer que impediréis la trata? En cualquiera parte donde el hombre quiere venderse, encuentra compradores; do quiera que hay corazones de esclavos, forman señores, aun cuando no se hallasen del todo hechos. Mientras el negro venda la carne de su compatriota, todas las escuadras del mundo civilizado no estorbarán las consecuencias de tan atroz

(1) Sen Mateo, cap. 21, vers. 9.

bajeza de corazón, y otro tanto sucede, mas ó menos, á todos los pueblos avezados á la corrupción y á la servidumbre. No buscan la libertad, sino el precio de su alma y de su cuerpo, y se creen bastante pagados de la abyección de la esclavitud con la abyección del vicio. Tal era el estado del mundo romano. Jesucristo le traía la libertad, es cierto, pero con la virtud y por la virtud. El contrato era para él muy oneroso y no lo aceptó. Aun despues de fundada la Iglesia, continuó el imperio en la decadencia, pasando de Diocleciano á los eunucos de Constantinopla, ó cuando el Occidente renovado por los Bárbaros, quiso ayudarle hasta en lo interior del Oriente, cuando armó en favor de él todos sus caballeros, el desgraciado no tendió á la mano latina mas que una mano incapaz de sinceridad. Rechazó con la traición la sangre que se le daba, temiendo ver muy cerca de sí á unos hombres que sabian llevar la espada y abnegarse.

Jesucristo pudo fundar una Iglesia, mas no regenerar el imperio. Formó almas libres formando almas santas, que atraía á sí de en medio de la corrupción general; pero los pueblos no respondieron á su llamamiento como pueblos, para que fuese manifiesto que su obra no era el resultado de las circunstancias políticas á que la corriente de las cosas habia traído el género humano. Tuvo contra sí la pasión de la servidumbre, en vez de tener en favor suyo la necesidad de la libertad. Y tal es aun la situación de su Iglesia en el mundo. Aunque favorable á todos los derechos legítimos que componen juntamente el honor y la libertad de las naciones, suscita de continuo contra sí, bajo el mismo nombre de libertad, los instintos de la esclavitud. Se le pide la licencia y se le propone la opresión. Tal es el grito de la naturaleza en todos tiempos. Al negarlas entrambas, hoy como antiguamente, responde sin duda á las verdaderas necesidades del hombre; pero responde á la manera de Dios, por una fuerza que se impone y por un beneficio cuya gloria nadie puede reclamar sino el bienhechor.

Lo mismo sucede con la unidad. No niego que el imperio romano, por efecto de una administración que era comun á muchos pueblos diversos, difundió en los espíritus la idea de una vasta organización social. Pero esta idea, segun el grado en que existia, no salía del estrechísimo círculo de una dominación puramente política. Ni aun en el fondo de aquella unidad se vislumbraba la idea de que el género humano fuera un solo ser ó un solo cuerpo. Entendiase por unidad que una sola nación fuera soberana de las demás,

que un César fuera el César de todo el mundo; pero la unidad de las almas por medio de la fe, la esperanza y la caridad, bajo de un solo jefe visible, representante y vicario de Dios, eso ni aun confusamente se presentia. Desde que la Iglesia universal hubo dado un paso en el mundo y revelado así este secreto de su destino, no dió lugar sino á un miedo inmenso, cuyo permanente rechazo sufre ella aun en el dia. La pasion de la nacionalidad es tan fuerte hoy contra la Iglesia como diez y ocho siglos ha; y los mismos que aspiran á la unidad social del género humano no pueden soportar la idea de la república cristiana, sino como un ejemplo ó una imágen de que se valen para representar sus propias concepciones. ¿Qué filósofo ó qué hombre de Estado pensá en la unidad segun el sentido cristiano, sino para temerla y odiarla? Lo estais viendo, señores; al examinar los hechos no solo antiguos sino presentes, venimos á parar siempre á la misma conclusion, á saber: que el principio de la victoria de Jesucristo, bien se trate de la formacion de su doctrina, bien de la propagacion de su fe ó de la fundacion de su Iglesia, no fué un principio de fusion, sino un principio de contradiccion. Como habia contradicho todas las doctrinas con la suya, todos los espíritus con el suyo, así ha contradicho con su Iglesia á todas las naciones, es decir, que arrojó y arrostra todavía en la perpetuidad de su obra, todas las fuerzas conjuradas del género humano.

Pasemos adelante, señores, é investiguemos la causa suprema de esta contradiccion. Inquiramos por qué Jesucristo lo contradice todo, y es por todo y por todos contradicho, y aun muchas veces por los que tienen su fe, que pertenecen á su Iglesia, que comen su carne y beben su sangre. La causa de ello no está en la region del entendimiento; el racionalismo se engaña buscando en ella la explicacion del misterio cristiano. Jesucristo va mas allá de la inteligencia; va hasta á el alma, que es el centro de todo, para pedirle el sacrificio de sus mas gratas inclinaciones, para convertirla del mal al bien, del orgullo á la humildad, del apetito sensual á la castidad, del deleite á la mortificacion, del egoismo á la caridad, de la corrupcion á la santidad. Y el hombre opone á esta empresa una resistencia desesperada; arma contra Jesucristo su razon, su corazon, al mundo, al género humano, á la tierra y al cielo, y aun vencido por el sentimiento de su miseria y por la dulzura experimentada del yugo del Evangelio, no deja de sentir dentro de sí hasta el postrer momento, una posibilidad y un pensamiento secreto de rebellion. Ahí está todo el secreto. Y si quereis comprender la dificultad del

triunfo de Jesucristo, os propondré no que convirtais el mundo, no, sino á un solo hombre. A vosotros, principes de las naciones, á vosotros que mandais por el talento, la riqueza ó el poder, os pido que hagais un hombre humilde y casto, un penitente, un alma que subyugue su orgullo y sus sentidos, que se desprecie, se aborrezca, se combata, y ya como prueba, ya como medio de su conversion, confiese á vuestros piés los extravíos de su vida. No os pido mas que esto. ¿Lo podeis? ¿lo habeis hecho jamás? ¡Ah! si un rey os llamara á su gabinete, y resplandeciendo con la majestad de su trono os instara á confesar vuestra culpas á sus piés, sin duda le diriais: Pero, señor, yo preferiria confesarme con el zapatero que me calza. Si el filósofo mas célebre de su siglo empleara toda su elocuencia para persuadiros á que os arrodillárais en su presencia y fuérais su penitente, ni aun os tomariais el trabajo de volver la espalda, para reiros de él en sus barbas. Perdonadme estas expresiones, señores, que si en otra ocasion fueran violentas, aquí solo son exactas y graves. Y sin embargo, lo que no pudieran alcanzar los reyes, los filósofos y las naciones, lo alcanza todos los dias en nombre de Jesucristo, un hombre desconocido, el mas oscuro de los hombres. Ve almas, que movidas del sentimiento de sus miserias, vienen á buscarle, á él que no las conoce, y á confesarle ingenuamente las ignominias de sus pasiones. Esta es la puerta por donde se entra en Jesucristo, por donde en él se permanece, por donde entra la misma Iglesia, porque la Iglesia no es mas que el mundo penitente, y esta sola palabra os dice todo el milagro de su fundacion y perpetuidad, así como os explica la fuerza de contradiccion activa y pasiva que hay en Jesucristo. Jesucristo contradice á todas las doctrinas porque su doctrina es santa y el mundo es corrompido; contradice á todos los espíritus, porque su espíritu es santo y el mundo es corrompido; contradice á todas las naciones, porque su Iglesia es santa y el mundo es corrompido; y por la misma razon, el mundo contradice las doctrinas, el espíritu y la Iglesia de Jesucristo.

Así pues, con justicia en cierto sentido, fué como en el primer procedimiento dirigido por orden de Neron contra los cristianos, fueron estos convictos *de odio contra el género humano*. Con efecto, los cristianos aborrecian cuanto el mundo estima; lo tomaban con todos sus pensamientos y todos sus afectos para destruirlos enteramente, y aunque esto fuera por amor suyo, el mundo no estaba obligado á comprenderlo y agradecersele. Hasta la caridad era tan nueva, que se revestia de un color hostil, y la muerte de Jesucristo

en la cruz, esta obra maestra de amor, parecia un insulto mas bien que un sacrificio de adhesion. Todo era contradiccion, porque todo era Dios; y para que constase que en efecto nada era del hombre, se debia por siempre reconocer á Jesucristo por esta señal, segun la expresion que se habia dicho de él cuando su primera aparicion entre los hombres: *este es puesto para señal, á la que se hará contradiccion* (1). Y el mismo, recordando á los profetas, habia dicho á sus enemigos: *La piedra que desecharon los que edificaban, esta fué puesta por cabeza de esquina. Por el Señor fué hecho esto, y es cosa maravillosa á nuestros ojos* (2). La profecia se cumple aun todos los dias: los príncipes, las naciones, los eruditos, los sabios, los hábiles, los arquitectos, en fin, desechan la piedra, la declaran incómoda ó gastada por el tiempo; no la quieren ya, y sin embargo es aún la *piedra angular, y la maravilla está á nuestra vista*. Ella lo sustenta todo, aunque todo la rechace; tiene el doble carácter de la necesidad y de la imposibilidad. Reconoced, señores, una lucha entre dos voluntades que no son iguales: la voluntad del hombre que se rebela, y la voluntad de Dios que se hace obedecer del hombre, en el hombre y á pesar del hombre. Y vosotros, cristianos, hijos de esa obra en que Dios os ha dado tan feliz lugar, comprended la necesidad en que estáis de sufrir siempre, de no triunfar por el triunfo; no sea que se acuse á Jesucristo de deber algo al hombre, sino de triunfar en la cruz, para que vuestra victoria sea la de Dios, y podais repetir hoy, mañana y siempre la expresion que es la señal mayor de la divinidad de Jesucristo, despues de tantas otras que habeis visto: *La piedra que desecharon los que edificaban, ha sido puesta por cabeza de esquina; el Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa á nuestros ojos*.

(1) San Lucas, cap. 2, vers. 34. — (2) San Mateo, cap. 21, vers. 42.

SERMON CUADRAGÉSIMO QUINTO.

De la existencia de Dios.

Hemos probado la divinidad de la doctrina católica de dos maneras: la hemos probado por sus resultados mostrando que la doctrina católica produce esa maravilla de la Iglesia, á que nada es comparable y que excede evidentemente todas las fuerzas humanas; la hemos probado estableciendo que ha tenido por fundador á Jesucristo, enviado de Dios é hijo de Dios. Siendo, pues, divino el efecto de la doctrina y asimismo su origen, es manifiesto que lleva ella misma el carácter de la divinidad, ó en otros términos, que es divina. Parece pues, señores, que nuestra tarea está cumplida; y que habiendo puesto en la frente de la doctrina cuyo ministro somos, el caracter mas seguro y mas sagrado, solo tenemos dos cosas que decirnos, ó mas bien que recomendaros: el silencio y la adoracion.

Pero está formada de tal suerte la inteligencia humana, y ha recibido tal temple de luz, que aunque viese por sí misma la mano de Dios llevándole la doctrina, no estaria contenta en recibirla, si no recibia con ella el derecho y la potestad de sondear sus profundidades. No hay duda que la via de autoridad es una via justa, natural, necesaria á nuestro estado actual; pero esto no basta. Porque nuestro estado presente encierra las premisas del porvenir que se nos ha prometido, y en el que nada nos saciará sino la luz vista de frente en la esencia del mismo Dios. No es que deseemos, señores, ver desde hoy esta luz en su plenitud infinita, concebimos que se han puesto limites á nuestra vista y á nuestro horizonte; pero por débil que sea nuestra vista, es la vista de una inteligencia; por estrecho que sea nuestro horizonte, es un horizonte trazado por la mano de Dios. Nuestros ojos buscan la luz, y nuestro horizonte contiene algunos destellos de ella. En cuanto se nos presenta pues una doctrina, cualquiera que sea la mano de que venga, queremos descender á ella, interrogarla interiormente, asegurarnos en fin de que tiene otros signos de la verdad que los signos exteriores por grandes que sean. Yo no puedo, señores, sustraerme de esta ley de vuestra naturaleza, y no lo quiero tampoco: la respeto en vosotros